

PRIMERA CONFERENCIA DE FACULTADES Y ESCUELAS DE PERIODISMO, COMUNICACION SOCIAL DE AMERICA LATINA



Los medios deben contribuir a que nuestra nación no se siga hundiendo en la confusión y el desconcierto*

RAFAEL SANTOS CALDERON**

Agobiados por la violencia, con la sensación incómoda de que no se ven las luces al final del tunel, aparecen afortunadamente espacios de reflexión como el que hoy nos acoge. Son comienzos de respuestas, de propuestas para salir de la crisis que vive el país. Son, me atrevería a llamarlas, crisis constructivas. Y el que el motivo de esta reflexión sea el primer encuentro de las más representativas facultades de comunicación social y periodismo de América Latina lo hace más valioso, más auténtico, sin pretender por supuesto que en las deliberaciones que comienzan mañana encontremos la panacea a nuestros problemas y a los de los demás, sí es importante que entendamos el momento histórico, que no perdamos de vista la razón de ser de nuestras profesiones y cómo el primero está íntimamente ligado a la segunda. Todos los esfuerzos deben estar encaminados a que la universidad, sobre todo en los momentos de crisis, sea más una universidad respuesta y menos un ingrediente pasivo de la fórmula que no aporta nada al resultado final. Es allí donde está el reto.

* Palabras del doctor Rafael Santos Calderón, en su carácter de presidente durante la inauguración del I Encuentro de Facultades y Escuelas de Periodismo de América Latina.

** Periodista, decano de la Facultad de Periodismo de la Universidad Central, jefe de redacción del periódico El Tiempo de Bogotá, escritor, presidente de la Primera Conferencia de Facultades y Escuelas de Periodismo, Comunicación Social de América Latina.

Desde el momento en el que se seleccionó la violencia como tema del encuentro sabíamos que enfrentábamos la inevitable misión de mirar nuestro pasado, muy violento por cierto. De escabar en él para encontrar sus raíces y a lo mejor las respuestas a muchas de las preguntas que hoy nos asedian. A lo mejor volver a encontrarnos, una vez más, con aquella falacia de que los colombianos somos, por naturaleza, violentos. Pero han aparecido en el camino de intentar encontrar los orígenes de nuestra crisis, nuevos elementos, algunas luces, que contribuyen a explicar por pedazos nuestro presente para prepararnos para el futuro. Entonces hay que asomarse a lo que más nos atañe a los periodistas, a la entrada misma de la razón de ser de los medios para los cuales trabajamos: ¿qué tanto construyen el tejido social, que tanto lo revitalizan, y lo oxigenan? ¿O están de espaldas a la realidad y, de estarlo, qué tanto? ¿No es el momento de mirarnos en un espejo y de ver en él reflejados nuestros defectos, nuestros pecados? Más cercano, entonces, al tema que nos concierne: ¿cuál es la cuota de responsabilidad que tienen los medios de comunicación frente a la violencia?

Esas preguntas no se pueden dejar sin contestación. Es a través de sus trabajos que los ponentes invitados pondrán a consideración de los asistentes algunas aproximaciones sin pretender ser dueños de una sola verdad. A lo mejor descubriremos que es tan poco lo que conocemos de los mismos medios, sobre sus posibilidades y ventajas si se usan para causas comunes, que es allí donde puede estar una enorme veta inexplorada para la investigación universitaria. No nos hemos comprometido lo suficiente como país a estudiar todo lo que ofrece el escudriñar a los medios de comunicación para ver de su inmensa potencialidad para contribuir a que una nación tan convulsionada como la nuestra no se siga hundiendo en la confusión y el desconcierto, cómplices —esos si exitosos— de la crisis. Contribuir a entender la crisis en la que estamos para, de ese diagnóstico, partir en la búsqueda de las soluciones. ¿Qué estamos sobrediagnosticados? Seguramente. ¿Pero qué tanto hacen parte los medios de ese diagnóstico? Ahí está seguramente una parte importante de las respuestas.

No se trata de encontrar culpables. Equivocaríamos, de entrada, el motivo de este debate. Es más bien intentar entender mejor el contexto dentro del cual se mueven los medios y cuánto de esta realidad se refleja en ellos. ¿Son excluyentes? ¿La sociedad se siente bien representada? ¿Qué tan cerrados son, y de serlo, cuánto contribuyen a que los métodos de expresión de unos sectores de la so-



Durante el acto de instalación de la Conferencia en el Museo Nacional, acompañan a Rafael Santos Calderón, decano de la facultad de periodismo y presidente del evento, Otto Morales Benítez, exministro de Estado, Fernando Hinestrosa Forero, rector de la Universidad Externado de Colombia y presidente pasado de la Unión de Universidades de América Latina Udual; Julio Londoño Paredes, ministro de Relaciones Exteriores, Jorge Enrique Molina Mariño, rector de la Universidad Central, Luis H. Arraut Esquivel, ministro de Salud y expresidente de la Asociación Colombiana de Universidades y Jaime Posada Díaz, gobernador de Cundinamarca y presidente de la Universidad de América.

ciudad que se sienten sin voceros sean de origen violento? ¿Qué tanto equilibrio guardan las informaciones que tienen que ver con violencia o conflictos sociales en los cuales, de no ser ecuanímes, comienza a generar reacciones adversas entre las partes que sienten que sus derechos han sido atropellados y que hay que buscar otros canales de manifestación y participación más violentos? ¿Qué tan cierto es aquello de el país va por un lado mientras sus medios de comunicación van por otro? ¿Qué tanto sirven como una simple correa de transmisión de conceptos y opiniones sin que aporten elementos de juicio, criterios de análisis y de interpretación, que permitan a las clases dirigentes tener la suficiente información para decidir y acertar? Estos interrogantes son vitales al tema que nos reúne y a intentar responderlos debe contribuir la investigación en el seno de la universidad.

Porque al intentar responder este interrogante, de ninguna manera se puede partir de que nada tienen que ver. Sería una posición hui-

diza e inconveniente. O que puedan esgrimir excusas y argumentos que aparecerían como evasivas a aceptar que algo —o mucho— tenemos que ver con el camino que hasta ahora hemos recorrido y que mucho nos debe incumbir hacia donde nos pueda conducir un peligroso rumbo. En este punto —y hablo del caso colombiano— debemos perderle el miedo a la autocrítica. Los medios deben descender desprevenidamente de las cumbres donde se encuentran para aceptar la parte del juicio al que le corresponde someterse ante la sociedad. Es el valor que tiene el encuentro de la Unión Latinoamericana de Universidades (UDUAL): que pretende aportarle al debate lo que algunos investigadores y académicos han encontrado sobre la responsabilidad de la prensa, la radio y la televisión en el escenario latinoamericano. Y ponerlos por un momento en el banquillo.

Tiene lugar este encuentro en un instante histórico y definitivo para la nación colombiana y para su democracia. Lo que está en juego es mucho más que los intereses de unos pocos. Afortunadamente hay conciencia de la crisis pese a que todavía se demoren en llegar las soluciones. En el país se respira un clima de autocrítica, de reforma, de apertura, siempre bajo la libertad en la que con muy pocas excepciones ha gozado el pueblo colombiano. Ese es nuestro más precioso activo. Y a ese compromiso no pueden sacarle el cuerpo los medios de comunicación pues en ellos deposita la sociedad la responsabilidad; entre otras, de servir como catalizador de una serie de fenómenos propios de una nación que marcha hacia la modernización, así sea a pasos lentos, que busca con ansiedad el cambio hacia mejores estadios. Así sea con traumas. En el caso nuestro ¿Qué tanto cumplen con ese papel? ¿Qué tanto, frente al triste panorama de violencia de nuestro acontecer, están los medios de comunicación al servicio de la paz en lugar de que ésta esté al servicio de los medios? En otras palabras: ¿Qué tan bien han entendido los medios el sitio que ocupan en este momento histórico llamado a ser más bien definitivo?

Convendría hacer un alto en el camino para estudiar qué tanto sirven a una comunidad absorta y pasiva una espectacularización de la violencia y propender, como decía el asesor de la consejería para asuntos de paz de la presidencia, Estanislao Zuleta, por una ética del respeto, por reconocer al interlocutor, por evitar la obscenidad del horror. Y nos hemos acostumbrado tanto al registro frío de las noticias horribles que comenzamos a sentir la insensibilidad frente a la tragedia, a querer entender menos lo que nos está ocurrien-

do y a aceptar que a lo mejor vivimos en una cultura de la violencia, en la que hemos perdido toda capacidad de respuesta, de reacción y en la que el que más reconocimientos sociales acumula es el que mejor se acomoda al vertiginoso deterioro de nuestra sociedad, bien por ausencia, bien por indiferencia. Sería bueno entonces, pensar en cómo rompemos ese cerco que a través de los medios nos tiene tendida una realidad que no nos deja mover, que nos ha apabullado y que prácticamente ha diezmado severamente nuestro contingente humano al que vemos disparando ciegamente sin nunca dar en el blanco. ¿Cómo pueden los medios de comunicación contribuir a ello? ¿O es que son parte de esa realidad que se nos ha vuelto rutina y que por lo tanto también han perdido su capacidad de reacción, de convocatoria, de conmover y canalizar la inquietud colectiva para ponerla al servicio de la empresa salvadora?

No puede ser más oportuno el momento para asomarnos a tan compleja problemática. El que durante los próximos tres días se congreguen en esta ciudad más de 100 delegados, invitados especiales y observadores para plantear qué cuota de responsabilidad tienen los medios de comunicación ante la violencia será de enorme importancia para nosotros especialmente, cuando aún no logramos despejar esa desagradable imagen de violentos que tenemos pese a ser un país de gente pujante, pacífica, tranquila, trabajadora, con humor, ingeniosa, imaginativa, alegre y sobre todo amante de la libertad.

Evidentemente somos víctimas de una terrible crisis institucional, de un estado que no logra acoplarse a las nuevas fuerzas de la sociedad, a sus necesidades, a sus deberes y a sus derechos. Tenemos que cambiarle el rumbo al destino de Colombia y en eso estamos de acuerdo todos los colombianos. De ahí que haya que entrarle de lleno a los medios de comunicación para ver de que se pongan al servicio de esa causa y no que se nutran del desbarajuste gradual de las cosas al que asiste el país entero sin que aporten nada.

Quiero, a nombre de la Facultad de Periodismo de la Universidad Central, darle a los delegados extranjeros y a los visitantes de otras facultades de Comunicación Social del país la más cordial bienvenida. Decirles que sus conceptos, intervenciones y trabajos serán alentadores y vitales para comprender cada vez más los difíciles tiempos en los que vivimos. Estos demandan una empresa común y no unos esfuerzos aislados. Sean todos bienvenidos a este fraternal encuentro.